

-1-

La Antigüedad produjo todavía otros efectos, que entrañaban un grave peligro en el terreno dogmático: hizo partícipe al Renacimiento de su estilo de superstición. Algo de esto había logrado mantenerse vivo a través de la Edad Media, y por ello mismo recobró vida con tanta mayor energía en lo nuevamente descubierto). Innecesario es decir que la fantasía intervino en ello poderosamente. Sólo ella fue capaz de hacer enmudecer hasta ese extremo el espíritu la investigación de los italianos. (...) Doctrinas de este tipo trajeron consigo, en sus consecuencias ulteriores, un verdadero ensombrecimiento de todo lo sobrenatural. Tanto más digna de agradecimiento es la lucha que el luminoso espíritu italiano emprendió contra semejante demencia. Frente a las supremas exaltaciones monumentales de la astrología, como los frescos en el Saion de Padua y los del palacio de verano de Borso (Schifanoia) en Ferrara frente a los descarados panegíricos, como el que el propio Beroaldo el Viejo se permitió, alzóse continuamente la protesta de los no perturbados por el desvarío, de los capaces todavía de pensar. También en este aspecto había allanado el camino la Antigüedad, pero no es aquí la imitación la que habla, sino, por propia experiencia, una clara y saludable, una inteligente aprehensión de la realidad. La animosidad de Petrarca contra los astrólogos, a los cuales conocía por trato directo, tradúcese en mordaz sarcasmo, poniendo de manifiesto la radical falsedad de su sistema (...).

-2-

Quizá nada tenga de casual que fuera un franciscano, Roger Bacon, quien tejiera la más fervorosa defensa de la astrología y la magia tras haber abierto sus ojos y su mente a la constante mudanza vital de las cosas del mundo. Si se considera que en último término las relaciones entre los entes son de orden personal, si quedan al margen números, razones y medidas, para ceder su lugar al hermano Sol y la hermana Luna, al hermano Lobo y a la Hermana Agua, a todos los hermanos y hermanas entes creados, sobre los que reina amorosamente Dios padre, en vez de un entramado de esencias lógicas aparecerá ante nuestros ojos un juego permanentemente renovado de existencias, un juego abierto a todas las posibilidades y a todas las persuasiones. A lo largo de todo el Renacimiento, hasta llegar incluso a los umbrales de la física newtoniana, gozó de general predicamento la teoría según la cual todo está vivo y animado, todo es plástico y mudable (...) Demasiada historiografía escrita a partir de comienzos del siglo XIX y quisiera decir desde el racionalismo ilustrado para acá, ha querido entender el Renacimiento como el punto de arranque del divorcio entre un modo de raciocinio puro, cartesiano, científico y una serie de fuerzas oscuras, vitales, almas de los cielos y de las cosas, o como decía Burckhardt, restos de antiguas y tenebrosas supersticiones medievales. Pero en realidad el combate se libra contra aquel divorcio y aquel contraste en busca de una nueva convergencia. En aquellos siglos se destruye la seguridad de que se desprende de un cosmos ahistórico de estructuras inamovibles y descompuesto en una jerarquización conceptual que rechaza todo cuanto escape de la forma universal. Se destruye la idea de un hombre pura contemplación que debe castigar su carne y su pasión y mostrarse ciego ante toda seducción de la vida (...).